

expansión de la carne satisfecha. Los que se amaban de veras eran aquellos dos buenos muchachos que, sin juramentos y sin frases, se habían entregado el uno al otro, probablemente para toda la vida, y se ayudaban mutuamente á llevar la carga de la miseria con sencillo y alegre valor. ¿Que eran algo vulgares? Convenido; pero había en ellos corazón; mientras que usted, señor estudiante de veinticinco alfileres, ¿qué hará usted de Perrinette una vez obtenido el grado de doctor?

## V

El invierno pasó sin incidente digno de mención. Cristián trabajaba con ardor y dos ó tres veces á la semana la visita de la florista sorprendía al cupido de la chimenea, en cuyo mármol había siempre una profusión de horquillas de la joven.

La primavera y los primeros meses del verano volvieron á encontrar á los amantes en sus paseos á los alrededores y en sus comidas en los merenderos de columpios. Cristián se había encasquetado su borla de doctor y era llegado el momento de volver á Caén. Había que romper con Perrinette. El viejo Lescuyer, encantado con el éxito de su hijo ante la Facultad, había tenido un rasgo de generosidad y le había enviado dos billetes de mil francos, previendo que, en realidad, habría que liquidar algunas cuentas atrasadas, tras una estancia de dos años en París. Pero aquel padre

siempre obedecido empezaba á impacientarse y exigía en sus cartas la vuelta inmediata de Cristián.

Esta separación apenaba al joven Lescuyer, pero era inevitable y, además, estaba aceptada de antemano por la florista.

« ¡ Qué quieres! dijo á su amante, cuando éste insinuó el asunto. ¡ Qué quieres! Tendré mucha pena: Pero es imposible evitarla ¿ verdad? »

Y Cristián no había podido menos de contestar:

« ¡ Dios mío, sí! »

¡ Bah! la chiquilla se consolaría y se arreglaría con otro amante. Así como así no había sido él el primero. Pero á medida que el instante de la separación se aproximaba, el joven observaba que Perrinette tenía mal color, estaba silenciosa y no respondía á las caricias y á las tiernas palabras más que con una ligera y dolorosa sonrisa. ¡ Cómo! ¿ Le amaba, pues, hasta ese punto? Y, orgulloso, retardaba su partida y permanecía en el barrio Latino, casi desierto en el mes de septiembre, paseando su melancolía, un tanto mezclada de fatuidad, por los precoces torbellinos de hojas caídas en los jardines del Luxemburgo.

Pero la última noche que debían pasar juntos, ante los baúles abiertos y medio llenos ya, del estudiante, Perrinette apoyó la cabeza en el

hombro de su amigo y prorrumpió en sollozos:

« ¡ Perdón! ¡ Perdón! He debido hablarte antes de este asunto... No me atrevía y, además, no estaba cierta, no podía creer... Pero ahora ya no cabe duda... ¡ Estoy embarazada !

¡ Ah! El corazón humano no es siempre hermoso. No faltaba más que tal prueba para convencer á aquel joven egoísta de que no amaba á la pobre muchacha. ¡ Estaba embarazada! ¡ Qué contratiempo! La miró con expresión estúpida y aquella cara, abotargada por las lágrimas y desfigurada ya por el embarazo, le causó repulsión. Los dos años de placer que le había dado; tantas horas de voluptuosidad joven y sana y hasta de dulce emoción; su desinterés de buena y laboriosa obrera de París, de las que ganan, trabajando, sus comidas de patatas fritas y se contentan con un retazo de tela para un vestido ó con un par de zapatos, todo había desaparecido de su memoria. No pensaba, aturdido, más que en una cosa, en que Perrinette estaba embarazada. Sí; tenía un hijo con aquella muchacha, de la que no estaba seguro, que había conocido otros hombres, acaso al mismo tiempo que á él — ¿ quién sabe? — y este bastardo le estorbaría toda su vida. Cristián se sintió estremecido por un escalofrío de terror al pensar que podría llegar un instante en que,

solo ante las fruncidas cejas de su padre, tendría que confesárselo todo.

Sin embargo, ante la declaración de la pobre muchacha, que le hablaba de su maternidad como de una pena y de una vergüenza, Cristián recurrió al expediente de las almas débiles; al disimulo. Supo, pues, consolar á la desgraciada con vagas promesas y con una hipócrita lástima. Se acostaron en seguida y la joven acabó por dormirse sobre la almohada mojada con sus lágrimas. Y durante aquella noche, que él se proponía firmemente que sería la última que habría de pasar al lado de su querida, el miserable joven, cuyo corazón no era malo, pero que no tenía acerca de la vida más que las ideas bajas y vulgares de la mayor parte de los dichosos, se lamentó tristemente de su propia desgracia.

Por la mañana Perrinette se marchó como de costumbre al taller, para reunirse con Cristián á las ocho de la noche en la estación, donde comerían juntos por última vez.

Entonces el estudiante se dió á errar por las calles poseído de una verdadera obsesión. Si aceptaba la paternidad de aquella criatura, adiós porvenir. No podría casarse y la situación social, en provincias, de un magistrado joven y soltero, de quien se sabe que está manteniendo un bas-

tardo, es intolerable. Le señalarían con el dedo y su carrera estaba perdida. Y todo esto por un amorcillo de barrio Latino, ¿con quién? con una muchacha, no mala, es cierto, pero que, según su misma confesión, había tenido numerosas aventuras. Digamos la palabra, casi una mujer pública que se le había entregado al primer encuentro. ¿Qué sabía él de su conducta en las horas que no la veía? Jamás le había interrogado sobre esto, no queriendo hacerle el honor de estar celoso de ella, y si alguna vez le había dicho: « Vamos, ¿me eres fiel? » había sido en broma. La respuesta de la florista: « ¡ Pícaro ! » seguida de un beso, no significaba nada. Siempre había dejado libre á su querida y ésta había podido engañarle sin molestia alguna. ¿No iba á Bullier sin él, con una de sus amigas? Era, pues, muy posible que aquel niño no fuese suyo; y romper todo su porvenir por un hijo ajeno era muy fuerte. Y luego, razonando bien, no había contraído compromiso alguno con Perrinette. Se habían gustado y se habían unido con la certidumbre de dejarse de un momento á otro. « Si te he visto no me acuerdo. » Así estaba convenido implícita pero perfectamente, y en justicia, no debía nada á esa muchacha más que una ayuda momentánea, un socorro material. ¡ Oh! sí! de

este no había que dudar, porque la pobre estaba apurada y él no era un monstruo.

Y el joven arreglado, el provinciano económico, se felicitó de tener aún, además de la suma recibida de su padre, siete ú ocho billetes de cien francos, que no tenía más que meter en un sobre y deslizar en la mano de la florista en el momento de la separación.

De cuando en cuando se sentía dominado por una secreta angustia. Su conciencia le decía claramente: « Vas á cometer una infamia, amigo », pero en seguida el interés personal respondía: « ¡ Palabras ! ¡ Tonterías ! » y en el matrimonio mal avenido que forman la señora Conciencia y el señor Interés, nunca es la hembra quien lleva los pantalones.

Sin dejar de dar vueltas á estos malos pensamientos, Cristián llegó á la puerta de Donadieu, del que quería despedirse. La llave no estaba en la cerradura y el escultor tardó un momento en abrir. Eloísa, que servía de modelo para *Dafnis*, había ido á esconderse detrás del desgarrado biombo al llegar el visitante.

Pero Cristián se detuvo deslumbrado.

La figura de arcilla, casi acabada, tenía el encanto de todo boceto y conservaba la huella de las manos que la habían modelado amorosa-

mente. Robusta y graciosa, con todo el cuerpo contraído y vibrante de amor, pero sin indecencia, la *Dafnis* se entregaba, se abría á la lluvia de oro.

« ¿ Qué tal? Esto no es fácil, dijo el artista, halagado por la muda contemplación de su amigo. ¿ Lo ves? Voluptuoso y ni pizca de obsceno, ¿ verdad?... He tratado de coger el secreto de aquel tal Ticiano... Pero esos idiotas de Bellas Artes ¿ me comprarán mi obra? »

« Puedes estar tranquilo, « mi cielo, » dijo Eloísa, que apareció abrochándose el vestido: Es lo mejor que has hecho y apuesto que te dan la primera medalla. »

Y la hermosa rubia, cuyas ligeras vestiduras dejaban adivinar un admirable cuerpo, se sentó ante una máquina de coser que había en un rincón del estudio y se puso á trabajar.

Actualmente los dos amantes vivían juntos. Se habían resuelto á ello por economía y estaban encantados de verse siempre el uno al lado del otro. La costurera, de una belleza olímpica, era un modelo perfecto para la figura que modelaba el escultor, lo que no impedía á la pobre muchacha trabajar un poco en los intervalos de las sesiones de escultura. La costura para fuera no produce gran cosa en París. Seis ú ocho reales al día, todo lo más. Pero Donadieu tenía que terminar

su figura para la próxima exposición y trabajaba menos para los broncistas, por lo cual, sin los francos de Eloísa, se hubiera almorzado y comido de memoria en la calle del *Terrier-aux-lapins*.

« ¡ Conque te vas esta noche! dijo Francisco á su amigo, encendiendo la pipa. Es chusco; no puedo acostumbrarme á la idea, mi querido Cristián, de que el invierno que viene serás un juez hecho y derecho... En fin, en tu familia pasa como en el Egipto de los Faraones, se es juez de padres á hijos. Ya sé que hace falta que haya jueces y tanto da que lo seas tú como otro cualquiera, porque tú eres buen muchacho... Pero es igual; siempre me han asombrado los hombres con toga. Una vez vi el tribunal correccional... Es:aba allí un viejecillo con patillas de mozo de café, que distribuía las sentencias... ¡ Pim! ¡ Pam! Á este quiero, á este no quiero, como se reparten las cartas en la brisca... Y esto con el aire tranquilo é indiferente de un empleado de subastas... Tres meses... seis meses... ¿ Nadie dice nada? Adjudicado... Aquello parecía el Hotel de Ventas... En fin, supongo que no te atornillarás á tu silla curul y vendrás á París de vez en cuando. »

— Cuento con ello, respondió el novel doctor, que sentía dejar París.

Entonces Eloísa, sin levantar la vista de su labor

y moviendo el pedal, dijo de repente con acento de simpatía y casi de piedad :

— ¿ Y Perrinette?

Las dos mujeres se conocían poco, en realidad, y sólo se habían visto en expediciones de plácer con sus amantes. Era, pues, seguro que la florista no había hecho confidencia alguna á Eloísa y, sin embargo, la pregunta, que recordaba á Cristián sus preocupaciones, le desagradó. Solamente supo contestar con sequedad :

« Nos dejamos ; era preciso.

— Naturalmente, dijo el escultor, después de cambiar una mirada de inteligencia con su querida. El amor de estos muchachos vivía de huésped, como ellos, mientras que el nuestro, habita en su casa. Porque has de saber, mi querido Cristián, que uno de estos días tendré el honor de darte parte del casamiento del señor don Francisco Donadieu, escultor, con la señorita Eloísa, en la misma casa... Bien lo merece, la pobre, ¡ tan buena! ¡ tan adicta! Sin su máquina de coser no hubiera yo podido acabar mi estatua... Está segura de mi cariño, pero quiero que tenga también el respeto de la frutera y del portero... No hay más sino que tenemos que esperar que haya dinero para pagar la boda. ¿ No es verdad, señora?... ¡ Oh! nada de fausto... Nada de carretelas ni de

flores de azahar en las orejas de los caballos, ni de banquete en el *Palais-Royal*, donde hay que taponarse las narices con miga de pan para comer el salmón, que apesta, y donde un vejete se levanta siempre á los postres, para cantar cochinerías... Pero siempre habrá que pagar un buen almuerzo á los amigos que sean testigos... En cuanto mi estatua esté preparada para el moldeado iré á que me encargue mi broncista una guarnición de chimenea de quinientos francos y, en seguida, el casamiento... Allá, para fin de Octubre. »

Después de despedirse del escultor, Cristián Lescuyer volvió á su hotel é hizo sus baúles más turbado que nunca. Donadieu, decidido á casarse con su modelo, la primera muchacha hallada en su camino, le parecía un poco innoble y al mismo tiempo le inspiraba una secreta envidia. Pero él, bohemio sin familia era libre de obrar á su gusto, mientras que el hijo del señor Lescuyer, magistrado de la Audiencia de Caén, el descendiente de una familia de « faldas negras, » como decía el guasón de Donadieu, no podía, aunque quisiera, permitirse semejante locura. Él debía, como sus abuelos, tomar mujer en la severa clase media, escoger una joven educada piadosamente. Hay exigencias de la posición que son verdaderos deberes. Sí, la acción del escultor

al devolver la estimación del mundo á su compañera de juventud y de pobreza podía defenderse y hasta pasar por generosa. Pero el sacrificio, bien pensado, no era grande. Francisco podría llegar, acaso, á ser un artista célebre, pero siempre sería un hombre de mal tono y de costumbres plebeyas. La diferencia de educación entre su mujer y él nunca serían muy grandes. Y ¿quién sabe si, á pesar de todo, no se avergonzaría de ella con el tiempo? Por otra parte, ¿qué analogía podía existir entre las relaciones de Francisco y de Eloísa, que llevaban una vida común y tenían obligaciones recíprocas, y las suyas con Perrinette? Ninguna. Había tenido por ella y ella por él un capricho que se había prolongado un poco: nada más. Era evidente que nada le debía, como no fuera un poco de dinero — eso sí — á causa de aquel inoportuno embarazo, del que no se reconocía en modo alguno responsable. Pasado algún tiempo, él vería lo que debía hacer. ¡ El niño!... ¿Viviría siquiera?... En fin, si vivía, él se ocuparía de su suerte, seguramente, lo que tendría en él un gran mérito, pues la tal criatura sería, en suma, el hijo de una desgraciada que poseía sus dos sortijas, su alfiler de pecho y sus pendientes de cuatro distintos amantes.

La pobre muchacha le fué antipática y el pen-

samiento de que aquella noche tendría que comer con ella y pasar por explicaciones, despedidas y lágrimas le resultó insoportable. Debía reunirse con ella á las ocho en la estación, para partir á las diez en el expreso ; pero recordó que á las cuatro salía un tren para Caén. Tenía, pues, tiempo de tomarle.

« Así es mejor, pensó brutal y cruelmente. Tengo horror á las escenas melodramáticas. »

Llamó.

« Mi cuenta y un coche... De prisa... »

Entonces escribió una infame carta, con una mentira apenas verosímil. Una enfermedad de su padre, un telegrama, le obligaban á adelantar unas horas la partida que estaba demorando hacía un mes. Ni una alusión al estado de la joven. Pronto le daría noticias suyas. Y el seco « te abrazo » escrito en aquel papel que envolvía unos cuantos billetes de Banco, era casi un bofetón.

Mandó llevar la misiva al obrador de Perrinette á un mozo de recados en el que tenía confianza, sin cuidarse de la emoción que semejante carta podría producir á la florista, delante de sus compañeras. Y una hora después Cristián Les-cuyer se arrinconaba en un vagón, con el corazón frío, con la boca seca, con la animación febril de su mala acción y con una especie de amarga satisfacción por haber cometido aquella cobardía.

## VI.

Generalmente acaba en tragedia la aventura de una muchacha soltera abandonada en pleno embarazo. Una mujer sola que vive de su trabajo en París, está siempre en la mayor estrechez ; pero cuando tiene que sufragar los gastos del parto y de unos cuantos meses de nodriza, llega para ella la miseria completa. Entre esas desgraciadas escoge sus víctimas la baja prostitución que tiene como consecuencias inmediatas la enfermedad, el hospital y la muerte.

Mas, por excepción, el destino no se mostró tan cruel con Perrinette.

Era su carácter muy dulce y, pasado el primer momento de brusco dolor que le causó la repentina partida de Cristián, aceptó su infortunio. Por otra parte sus anteriores amantes, primero su vecino del mismo piso, un obrero de natural